

que la reputación de castidad no es tan necesaria para una mujer, como la de veracidad para un hombre; y la razón es, porque una mujer puede ser virtuosa sin ser estrictamente casta; pero no es posible que un hombre sea virtuoso sin ser estrictamente veraz. Los deslices de las pobres mujeres son á veces puras fragilidades de la naturaleza; pero una mentira en un hombre es un vicio del espíritu y del corazón. Por el amor de Dios, muestra el mayor celo por la pureza de tu carácter moral; consérvalo puro é intacto, y nunca será sospechado. La difamación y la calumnia se estrellan cuando no encuentran lado débil; ambas aumentan los objetos, pero no pueden crearlos.

Hay una diferencia muy grande entre esta pureza de carácter que tan encarecidamente te recomiendo, y una estoica y grave austeridad de carácter que de ninguna manera pienso recomendarte. No querría yo que á tu edad fueses un Catón, como tampoco querría que fueses un Clodio. Goza pues, y vea el mundo en ti un hombre de placeres, así como de negocios. Disfruta del tiempo leve y dichoso de tu vida; distínguese en los placeres en compañía de los jóvenes de tu edad. Todo esto es permitido y puede en verdad hacerse sin que recaiga la más ligera mancha sobre tu carácter moral; porque aquellos jóvenes engañados que creen brillar con impías é inmorales licencias, despiden únicamente el reflejo de su propia corrupción, como la carne corrompida vislumbra en la obscuridad. Sin esta pureza no alcanzarás la dignidad de carácter, y sin dignidad de carácter no es posible que te eleves en el mundo. Si quieres ser respetado es necesario que seas respetable. Yo he conocido personas que han visto su carácter con la mayor indiferencia, aunque sin mancharlo realmente; y el resultado ha sido, que han llegado á hacerse despreciables inocentemente; su mérito se ha obscurecido; no se ha hecho ningún caso de sus pretensiones y sus proyectos han venido abajo. El carácter debe conservarse resplandeciente y limpio. No te contentes con la mediocridad en ninguna cosa. Si desees igualar á algunos hombres en pureza de carácter y maneras corteses, es necesario que te esfuerces por aventajarlos á todos. Á Dios.

LONDRES, 11 de Enero de 1750.

MI QUERIDO AMIGO.

Recibí ayer una carta de M. Harte de 31 de Diciembre á que contestaré cuanto ántes, y por la que te pido le manifiestes ahora mis más sinceros agradecimientos. Me comunica dos cosas que me causan mucha satisfacción: una es que hay muy pocos ingleses en Roma, y la otra que frecuentas las mejores sociedades extranjeras. Esto último es buen síntoma, porque un hombre sensato nunca se muestra deseoso de asistir á aquellas reuniones en donde le es indiferente agradar ó en donde conoce que desagrada. En estas compañías no se esperará que á tu edad tengas el *garbo*, la *disinvoltura* y la *leggiadria* de un hombre de veinticinco años, acostumbrado ya al trato de la mejor sociedad; pero esto no debe desanimarte, ni hacerte pensar que te desprecian ó se ríen de ti, porque veas que otros más viejos y más acostumbrados al mundo tienen más familiaridad y desembarazo, y por consiguiente, que son mejor recibidos que tú. Á su debido tiempo llegará tu vez, y con sólo que te muestres solícito y deseoso de agradar, aunque te encuentres embarazado ó yerres en los medios, lo que necesariamente tiene que suceder á los principios, no obstante, tu buena voluntad se tomará por el hecho, y las gentes, en vez de reirse, se prestarán gustosas á instruirte. El buen sentido te trazará las grandes líneas de la buena crianza; pero la observación y el uso pueden sólo amaestrarte en los toques delicados y el brillante colorido. Naturalmente harás cuanto puedas para atestiguar el mayor respeto á las personas considerables por su rango y su carácter, y esto basta para que lo consigas; pero el modo particular, la forma delicada de manifestar aquel respeto, sólo el tiempo y la observación pueden enseñarlo.

Me acuerdo que la primera vez que fui introducido en una concurrencia distinguida, cubierto con toda la rusticidad y aspereza de la universidad de Cambridge, el susto me hizo perder el juicio. Resuelto como estaba á practicar todo lo que me parecía civil, hacía grandes y profundas reverencias, y me colocaba detrás de todo el mundo; pero cuando se me dirigía la palabra y era necesario responder, *obstupui, steteruntque comæ, et vox faucibus hæsit* (a). Si veía que las gentes hablaban en secreto, no

(a) Me ponía estupefacto, el pelo se me erizaba y no atinaba con las palabras.

dudaba que yo era el asunto de sus conversaciones, y me consideraba como el único objeto del ridículo y censura de toda la sociedad, que, Dios sabe, no se quebraba la cabeza pensando en mí. De esta manera sufrí por algún tiempo, como un criminal ante su juez, y habría sin duda renunciado para siempre toda sociedad distinguida, si no hubiese estado íntimamente convencido de la imperiosa necesidad de formar mis maneras imitando los mejores modelos, y esto me determinó á perseverar y sufrir algo, y aun á sufrirlo todo, antes que no salirme con la mía. Insensiblemente todo se me fué haciendo más fácil, y comencé á no saludar con inclinaciones tan profundas y ridículas, y á contestar á lo que se me preguntaba sin perplejidad ni tartaleo. Si de vez en cuando, alguna persona caritativa que notaba mi embarazo y no tenía otra cosa que hacer, se acercaba á hablarme, la veía yo como un ángel enviado para confortarme, y esto me inspiraba valor. Después hice mayores adelantos y llevé mi intrepidez hasta el punto de acercarme á una bella dama y decirle que creía que hacía mucho calor; ella me contestó muy civilmente que pensaba lo mismo, y aquí cesó por mi parte la conversación durante algún rato, hasta que la dama rompió el silencio en estos términos: *Veo lo embarazado que Vd. se halla, y estoy segura de que las pocas palabras que me ha hablado le han hecho padecer considerablemente; pero no por eso hay que desanimarse ni huir la buena sociedad. Bien se conoce que Vd. desea agradar y este es el punto principal; lo único que ahora falta es el modo, y Vd. se imagina que está más distante de conseguirlo que lo que en realidad es el caso. Es necesario pasar por un noviciado antes de hacer profesión de buena crianza, y si Vd. quiere ser mi novicio lo presentaré como tal á mis conocidos.*

Fácilmente imaginarás cuán grato fué para mí este discurso, y la cortedad y encogimiento con que tuve que contestar. Tosí dos ó tres veces (porque tenía un taco en la garganta), antes de poder decir que le estaba muy reconocido; que era cierto que mi razón era mucha para desconfiar de mis esfuerzos, visto que no me hallaba acostumbrado al trato de la buena sociedad, y que me envanecería de ser su novicio y de recibir sus instrucciones. No bien hube tartaleado mi respuesta, cuando la dama llamó á tres ó cuatro personas y les dijo: *¿Sabén Vds. que he tomado por mi cuenta á este joven y que es preciso animarlo? En cuanto á mi lo considero como una conquista porque su atrevimiento ha llegado en este instante hasta el punto de decirme temblando que*

hace calor. Es menester que Vds. me ayuden á limarlo; y Vd. mi novicio, cuide de no avillanarse con las mozas de la ópera ni las actrices, que ahorrarán á Vd. los gustos de la pasión y de la cortesía, pero que le costarán muy caro bajo todo otro sentido. Lo repito aún, amigo mio, si anda Vd. con gentuza, es hombre perdido. Estas desgraciadas arruinarán la fortuna y la salud de Vd., corromperán sus costumbres y jamás logrará adquirir el tono de la buena compañía. Esta lección dió que reir á la sociedad, y me dejó á mí medio petrificado; pero cuando noté que tanto la dama como las personas á quienes había yo sido presentado, me apoyaban y protegían, adquirí mayor seguridad, y no me avergoncé más de mis esfuerzos para ser civil. Copié los mejores modelos, servilmente al principio, después con más libertad, y al fin aventuré la invención y á ella se unió la costumbre.

Todo esto te acontecerá si perseveras en el deseo de agradar y de brillar como hombre de mundo, único lado de tu educación que me inspira aún algunos temores. Por lo que hace á tu carácter moral, no puedo concebir ninguna sospecha; tu saber se halla fuera de toda cuestión; queda pues, el artículo de la cortesía, y ahora te encuentras en la más bella posición del mundo para calmar mi inquietud. El roce continuo que vas á tener con las gentes bien educadas, debe necesariamente pulirte y suavizarte. Bueno sería que dijese á cinco ó seis hombres ó mujeres con quienes tuvieses más intimidad, que sabes bien que tu juventud é inexperiencia deben necesariamente hacerte incurrir en muchas faltas contra la costumbre; que les suplicas te corrijan todas las veces que cayeres en error, y que siempre considerarás sus avisos como la pruebas más seguras de su amistad. Tal declaración agradará á las personas á quienes la hicieres, y ellas no dejarán de comunicarla á otros, de modo que todo el mundo te advertirá amistosamente del más pequeño error que cometieres. El duque de Nivernais, no lo dudo, mostrará el mayor gusto si le hablas en semejantes términos, agregando que siempre prefieres dirigirte á los mejores modelos. Observa también, los diferentes matices de la urbanidad de cada nación y confórmate á ellos. Muestra á los franceses una cortesía desembarazada; usa con los italianos un poco más de ceremonia, y llévala aún más lejos con los alemanes; pero que todo esto sea sin estorbo y con facilidad, procurando hacértelo familiar con el ejercicio; porque si parece forzado y de mala gana nunca agradarás. *Omnis Aris-tippum decuit color et res.* Trata de alcanzar cierta facilidad y

versatilidad tanto de maneras como de ideas (a) y semejante al camaleón toma el color de la compañía en que te hallares (b).

Hay cierta clase de mujeres de condición, *veteranas* en el gran

(a) Lord Chesterfield fut un véritable Alcibiade. Son ambition fut de se composer une individualité merveilleuse des qualités les plus opposées de sa nation et de la France. Il fit mieux que le caméléon qui reflète la couleur du ciel; il refléta, lui, et garda unies les couleurs des deux ciels différents.

(RENÉ.) Tr.

(b) Esta versatilidad de maneras y de lenguaje es satirizada por Castillejo en estos versos que salen de boca de la lisonja.

Soy amorosa y afable,
Dulce, blanda, halagüeña,
Alegre, mansa, risueña,
Apacible y amigable.
Las entradas
Con esto tengo ganadas
Aun en casas de tiranos,
Muchas veces beso manos
Que quisiera ver quemadas.

Encubriendo la malicia
Uso de benevolencia,
De requiebro y reverencia,
De regalo y de caricia
Y humildad.
Por ganar la voluntad
Ajena, fuerzo la mía,
Muestro gesto de alegría,
Y Dios sabe la verdad.

Saludo por cumplimiento
Al que encuentro acá y allá
Y acompaño al que se va,
Por dejar su pensamiento
Sin querella.
Soy una simple doncella
Al parecer muy llana,
Riome de buena gana
Y algunas veces sin ella.

Uso mucho de alabanza
En mis palabras compuestas,
Y siempre van mis respuestas,
Llenas de buena crianza
Y de amor.
Á todos presto favor,
Y procuro de agradar,
Hacer honra y contentar
Al pequeño y al mayor.

Tr.

mundo, que habiendo adquirido una experiencia de vinticinco ó treinta años, forman á un joven mejor que cuantas reglas puedan prescribirsele. Estas mujeres, pasado que han la flor de su edad, se encuentran de lo más lisonjeadas á las menores atenciones de un joven, y le enseñan las maneras y miramientos que cautivaban sus corazones cuando se hallaban en el verdor de la juventud y de la hermosura. Trata siempre de contraer amistad con algunas de estas mujeres, lo cual no te dará mucho que hacer. Pídeles que te aconsejen, comunícales tus dudas, tus embarazos, por lo que hace á la manera de conducirte; pero ten muchísimo cuidado de que no se te escape una palabra de su experiencia, porque la experiencia implica vejez, y no hay mujer, por avanzada que sea su edad, que perdone la sospecha de que se le tiene por vieja.

Estoy impaciente por tu retrato, que M. Harte me dice está actualmente en vía de ejecución. Deseo ver tu aspecto, tu aire y aun tu vestido. Mientras mejores sean estas tres cosas mejor para ti; yo no soy bastante cuerdo para despreciar ninguna de ellas. Tu vestido, á lo menos, depende de ti y espero que lo atenderás convenientemente. Á Dios.

LONDRES, 18 de Enero de 1750.

MI QUERIDO AMIGO.

Considero como perfeccionada y casi concluída la parte sólida de tu pequeño edificio, de modo que no me queda más inquietud que la de los adornos exteriores, y éste debe también ser ahora tu principal cuidado. Procúrate todas las gracias y complementos que, sin la solidez, no son más de futilidades, pero sin los cuales la solidez misma sería hasta cierto punto inútil. Toma por una parte á un hombre con conocimientos muy mediocres pero de figura amable, diestro, preventivo, lleno de gracia en cuanto dice y hace, civil, afable; en una palabra, provisto de todas las perfecciones pequeñas; y toma por la otra á un hombre dotado del juicio más sólido y de la erudición más profunda, pero despojado de todo lo que he mencionado arriba, el primero no sólo dejará al segundo muy atrás al solicitar cualquiera favor, sino que en realidad no habrá entre ellos verdadera competencia. ¿Pero es acaso todo hombre dueño de adquirir estas ventajas? Respondo

que sí, con tal que lo desee, y que se halle en posición y circunstancias que le permitan frecuentar la buena compañía. La atención, la reflexión y la imitación, le harán adquirir infaliblemente aquellas ventajas.

Cuando veas á un hombre que á primera vista te causa impresión, que te previene en su favor y que te hace formar una idea ventajosa de su mérito, sin que sepas por qué, analiza de dónde viene aquella impresión, examina dentro de tí mismo y mira qué es lo que la produjo. En general hallarás que es el resultado, el feliz conjunto, de una modestia fácil y reposada, de un respeto sin timidez, de una compostura garbosa y natural, de un aspecto franco y alegre pero sin risa, y en fin, de un vestido en nada descuidado pero libre de fatuidad. Imitalo pues, no servilmente, sino como algunos de los pintores más afamados que han copiado á otros é igualado á los originales tanto en belleza como en valentía. Cuando veas á un hombre tenido generalmente por agradable, bien criado, amable, en una palabra, por un perfecto caballero, como por ejemplo, el duque de Nivernais, examínalo, síguelo con cuidado; observa de qué manera se dirige á sus superiores; cómo se conduce con sus iguales y cómo trata á sus inferiores; atiende á la forma de su conversación en diversas ocasiones, ora en las visitas de por la mañana, ora en la mesa, ora en las diversiones de por la tarde. Imitalo sin remedarlo, procura ser su duplicado y no su mono. Hallarás que tiene cuidado de no decir ó hacer nunca nada que pueda indicar desprecio ó negligencia, ni que hiera en lo más mínimo la vanidad ó el amor propio de los demás; por el contrario, distinguirás que se conduce y expresa de modo que las gentes se muestran contentas en su compañía por haber cuidado él de que ellas se hallen contentas de sí mismas: verás que atestigua respeto, consideraciones, estimación y comedimiento, en las precisas circunstancias en que cada una de estas cosas es requerida; que las siembra con discernimiento y cuidado, y que retira de ellas abundantes frutos.

Estas amables cualidades se adquieren con el uso y la imitación, porque en verdad, somos por la imitación más de la mitad de lo que somos. El gran punto es elegir buenos modelos y estudiarlos bien. Las gentes insensiblemente contraen, no sólo el aire, las maneras y los vicios de las personas que más tratan, sino aun sus virtudes y su modo de pensar; y es esto tan cierto, que yo he conocido entendimientos muy medianos que han alcanzado cierto grado de ingenio conversando habitualmente

con aquellos que lo poseían en sumo grado. Sigue pues frecuentando la mejor sociedad, é insensiblemente te nivelarás con ella; mas si agregas el cuidado y la observación, lo conseguirás mucho más pronto. El inevitable contagio de la compañía te muestra la necesidad de elegir la mejor y de evitar la otra; porque irremediamente se te ha de pegar algo de una ú otra. Hasta aquí, lo confieso, has tenido pocas oportunidades de mezclarte entre el mundo civil y brillante. El seminario de Westminster es indudablemente el asiento de las malas maneras y de los proceder brutales; supongo que Lipsia no es tampoco la escuela de las gracias ni de los modales elegantes; pero creo que Venecia te ha mejorado un tanto; espero que Roma hará aún mucho más, y París, me atrevo á decirlo, te dará cuanto te falta; todo esto suponiendo que frecuentarás las mejores sociedades con la firme intención de llegar á ser un hombre cabal, porque sin aquella intención todo será inútil.

Agregaré aquí una enumeración de aquellos ornatos y cualidades, sin los cuales no hay hombre que pueda elevarse ni hacer fortuna en el mundo.

Hablar elegantemente cualquiera idioma en que te expresares; sin esto nadie te oirá con gusto, y por consiguiente retirarás muy poca utilidad de todos tus discursos.

Una pronunciación clara y agradable, sin la cual nadie te oirá con paciencia. Todo aquel que ha nacido sin defectos naturales en los órganos de la palabra, puede conseguir esto; y hallándote libre de tal desgracia, en tu mano está alcanzar aquella perfección, y esto con mucho menos trabajo del que costó á Demóstenes.

La cortesía y las maneras distinguidas, prendas que el buen sentido, la imitación y la buena compañía te procurarán infaliblemente, con tal de que por tu parte haya un poco de cuidado.

El garbo, los movimientos agradables y el talante de hombre de mundo no se harán esperar, si atiendes á los mejores modelos y á las lecciones de un buen maestro de baile.

Un aseo extremado en tu persona y un vestido conforme á la moda de mejor gusto. Tu negligencia sobre este particular era excusable cuando te hallabas en el colegio, mas en el día no merece perdón.

Por último, ten por cierto que sin estas prendas tanto cuanto sabes y todo cuanto pudieras hacer, te será de muy poca utilidad. Á Dios.

LONDRES, 25 de Enero de 1750.

MI QUERIDO AMIGO.

Hace tanto tiempo que no oigo hablar de ti, que no puedo menos de suponer que Roma arrebatara todos tus momentos; y si lo hace del modo que yo deseo, le abandono con gusto mi parte. Quiero más bien *prodesse quam conspici*. Coloca tu tiempo á rédito lucrativo y no te pediré que me prestes muchos minutos. Tus estudios, los respetables restos de la antigüedad y tus entretenimientos vespertinos, no pueden, y ciertamente que tampoco deben, dejarte mucho tiempo para escribir. Es probable que no vuelvas otra vez á esa ciudad, y por lo tanto debes examinarla ahora bien; mas no me refiero únicamente á los edificios, estatuas y pinturas, objetos ciertamente dignos de examen, sino que te señalo la constitución y el gobierno de ese estado; pero esta es una materia que necesariamente debe ocurrir á tu buen sentido.

¿Cómo te va con los placeres de Roma? ¿Estás en moda, es decir, vives con aquellos que lo están? Este es el único medio para que poco á poco subas á igual predicamento. ¿Llega tu familiaridad en alguna casa considerable, hasta el punto de ser tratado en ella con amable confianza? ¿Qué progresos has hecho en el idioma que Carlos V prefería para hablar con el bello sexo? ¿Te hallas al corriente de todos aquellos tiernos diminutivos en *etta ina* y *ettina* á que presumo hacía alusión aquel Emperador? Ya posees, y espero que tendrás cuidado de no olvidar, el lenguaje que dejaba para su caballo (a). También sabes perfectamente el que elegía para conversar con los hombres (b); mas sea cual fuere el idioma que te sirviera, te encargo que atiendas cuidadosamente á la elección de las palabras y á la forma de la expresión, puntos que sin disputa son de la mayor importancia. Si quieres sacar partido de tus discursos, es necesario que se te oiga con gusto. Las palabras son el vestido de los pensamientos, que, así como tu persona, no deben presentarse con andrajos ni harapos sucios. Á propósito, ¿ves con esmero tu persona y el

(a) El alemán.

(b) El francés. Reservaba el español para dirigirse á la Divinidad.

Tr.

aliño en tus vestidos? ¿tienes sumo cuidado de tu dentadura? Te recomiendo que la hagas visitar por el mejor dentista de Roma. ¿Te hallas bordado, emplumado y polvoreado como los otros jóvenes? Á tu edad cae bien el brillo y aun un poco de estruendo, pero nada de mediocre; se requiere un aire vivo, fácil y noble. Con los hombres una conducta respetuosa y al mismo tiempo respetable; con las mujeres una parla ligera, jovial y chancera, pero siempre muy cortés.

Para procurarte una ocasión de ejercitar tus talentos, te envío incluso una carta de recomendación de M. Villetes para Madama de Simonetti, en Milán, persona de alta categoría y de mucho respeto; y en mi próxima te enviaré otra para Madama Clerici, de la misma ciudad. Como las casas de estas dos damas son frecuentadas por lo más selecto de Milán, ambas recomendaciones te introducirán por todas partes. Dime oportunamente si has recibido estas cartas á fin de renovarlas en caso de extravío.

Á Dios, mi querido amigo, estudia con ahinco, diviértete con toda tu alma, no pierdas nunca de vista la diferencia que hay entre los placeres de un caballero y los vicios de un prostituido; aborrece los últimos como hombre de juicio (a).

LONDRES, 5 de Febrero de 1750.

MI QUERIDO AMIGO.

Muy pocos son los hombres que saben economizar su fortuna y más pocos aún su tiempo; y sin embargo, el último es más precioso que la primera. Tú te hallas ya en edad de pensar seriamente en la importancia de estos dos artículos que con toda mi alma deseo verte emplear con verdadera economía. Los jóvenes son muy propensos á imaginarse que tienen delante de sí muchos días de vida; creen que pueden disipar el tiempo según les place y que siempre les quedará mucho de sobra;

(a) 18 de Enero: El autor á la marquesa de Monconseil:

. Vuestra carta y la del Señor de Nevers, han producido todo el efecto que podría yo haber deseado para el muchacho cerca del Señor de Nivernais. Antes de ayer recibí una carta suya de Roma en que me dice que tanto dicho caballero como su Señora le han hecho mil cumplimientos, y que es tratado por ambos como el hijo consentido de la familia. Si el muchacho no merece estas atenciones, á lo menos las reconoce y os atribuye una buena mitad.

semejantes en esto á aquellos que se miran impulsados por una grande fortuna, á una profusión ruinosa. ¡Error fatal, de que nos arrepentimos infaliblemente, pero ya tarde! El anciano M. Lowndes, famoso ministro de hacienda, acostumbraba decir: *téngase cuidado de los peniques y las guineas se cuidarán ellas mismas*, máxima que no sólo recomendaba, sino que él mismo ponía en práctica, siendo á ello deudores sus dos nietos de la gran fortuna que les dejó. Esta máxima se aplica al tiempo con la misma exactitud, y yo te recomiendo muy de veras, que cuides de aquellos minutos y cuartos de hora en el curso del día, que las gentes consideran muy cortos para emplearlos provechosamente; momentos que si se sumasen al fin del año, compondrían una porción de tiempo considerable. Por ejemplo: te hallas comprometido á estar en tal lugar á las doce; sales á las once á hacer antes dos ó tres visitas; las personas no están en sus casas; en vez de desperdiciar este tiempo intermedio en un café, quizá solo, vuelve á tu casa, escribe con anticipación alguna carta para el siguiente correo ó toma un libro útil, no á Descartes, Malebranche, Locke ó Newton, para dar sólo una ejeada, sino alguna obra de entretenimiento sublime y de capítulos cortos; Horacio, Boileau, Waller, La Bruyère etc. y así ganarás unos instantes que de otro modo serían perdidos.

Infinitas personas pierden mucho tiempo en la lectura porque sólo gustan de libros frívolos y estériles, como los absurdos romances de los dos últimos siglos, en donde de una manera insípida se pintan á los hombres con caracteres que nunca han existido, y sentimientos que jamás se han experimentado. Prefiere siempre las obras acreditadas en todos los idiomas, los poetas, los historiadores y los filósofos célebres, y así ganarás cincuenta por ciento de aquel tiempo que á otros no produce arriba de tres ó cuatro ó acaso nada absolutamente.

Muchas gentes pierden un tiempo considerable por pereza; se recuestan á bostezar en una poltrona figurándose que en aquellos instantes no les queda tiempo suficiente para lo que tienen que hacer, y que nada pierden dejándolo para otra ocasión. Es una infelicidad tener una índole de esta especie, y un obstáculo muy grande para adquirir conocimientos y hacer carrera en el mundo. Yo siendo *emeritus* (a), tengo derecho legítimo al ocio, pero tú,

(a) Nombre que daban los romanos á los que habían cumplido su tiempo en la milicia y quedaban retirados del servicio. Tr.

con tan pocos años y cuando apenas comienza á saberse que existes, no lo tienes; y si te propones establecer en el mundo la honrosa autoridad que procura el mérito, debes ser activo, diligente é infatigable, sin dejar nunca para mañana lo que pudieras hacer hoy.

La actividad es el alma de los negocios, y nada contribuye más á despacharlos que el orden. Establece un método en todas tus cosas y síguelo inviolablemente hasta donde lo permitieren los accidentes imprevistos. Señala en la semana el día y hora que mejor te conviniere para examinar tus cuentas, y consérvalas muy ordenadas; de este modo no te verás obligado á concederles mucho tiempo ni se te harán estafas de consideración. Todos tus papeles y cartas deberán hallarse atados según sus diferentes clases, de modo que puedas encontrar las cosas luego que las necesites. Establece también un método en tu lectura consagrándole ciertas horas por la mañana, y acostúmbrate á leer una sola obra hasta el fin sin cambiar de materia como lo hacen muchas gentes. Conserva un librito á propósito para tomar notas interesantes que ayuden tu memoria, y no para hacer citas pedantes. Nunca leas la historia sin tener delante los mapas y las tablas cronológicas para acudir á ellos constantemente, porque sin este recurso la historia no es más que un agregado de hechos muy confuso. Te recomendaré otro sistema que me ha sido muy útil aun en la edad más dispada de mi vida, y es, que te levantes temprano á la misma hora todas las mañanas, aunque te hubieres acostado muy tarde la noche anterior, y por este medio te procurarás una ó más horas de estudio antes que comiencen las interrupciones del día; esto contribuirá también á la conservación de tu salud, porque te verás forzado á acostarte temprano, á lo menos dos veces en la semana. Quizá dirás, como muchos jóvenes, que un orden tan metódico como éste, es de lo más molesto, bueno cuando más para las gentes lánguidas y calmáticas, pero incompatible con el ardor y el noble espíritu de la juventud. Yo lo niego, y sostengo por el contrario, que este régimen te procurará más tiempo y más gusto para los placeres, y que lejos de serte molesto no querrás abandonarlo á los seis meses de haberlo observado. Así como el ejercicio abre el apetito, las ocupaciones excitan el gusto para los placeres. Los negocios no pueden desempeñarse bien sin método, y ocupándonos de ellos preparamos nuestro espíritu para los placeres; una comedia, un baile, una asamblea harán más sensación en un hombre que se halla ocupado durante el día, que en otro que no ha hecho nada.